

XV

No tardó en correr por los alrededores, la voz de que la *Roseraie* se hallaba en venta; el domingo siguiente, todos los que tenían derecho para pasearse desfilaron ante la cerca de la propiedad en cuestión, y bien ó mal descifraban y comentaban el anuncio:

—¡Diez hectáreas!—exclamaban algunos—¡ya es bastante!

—¡Qué ha de haber ahí diez hectáreas!—conjeturaban otros.—¡Eso es un lazo para atraer gente!

Las opiniones eran muy discutidas. ¡Si el señor de *La Brève* anunciaba diez hectáreas, las diez hectáreas existían, y más bien más que menos! Todos sabían que *La Brève* era incapaz de engañar á nadie. Durante esas habladurías, el propietario permanecía escondido en su casa, adivinando, sin oírlo, que se ocupaban de él, y se avergonzaba como si cometiese una mala acción, con movimientos de impaciencia, cuidadosamente reprimidos, que coloraban de rojo sus pálidas mejillas.

Aquella misma mañana, al salir de la iglesia, había sido mareado á preguntas por sus vecinos y amigos; algunas insidiosas é indirectas, otras francas y bruscas.

—¿En qué está Vd. pensando, *La Brève*? ¡Vender sus bienes! ¡Ahora no es buena ocasión, la tierra ha bajado mucho de precio! ¡Vd. no es pobre! ¡qué demonio! ¡Qué mosca le ha picado!

—En la actualidad hay muchas propiedades en ven-

ta—decía cautelosamente un vecino envidioso, que había leído ya el anuncio;—¿no será cierto, que usted quiera vender también la suya, verdad, señor? ¡Una heredad tan hermosa, con tan buenas tierras! ¡Me lo ha dicho, esta mañana, el joven *Piépoulet*, y lo he mandado con cajas destempladas!

A esta y otras preguntas había tenido que contestar el buen anciano; éste no estaba acostumbrado á las mentiras diplomáticas, pero tampoco podía publicar por todo *Chantoré*, *Monjean*, *Ingrandes* y sus contornos, que *Evelina* quería casarse, y que él se veía obligado á dotarla. No, esas cosas no se cuentan: por eso, limitándose á una afirmación lacónica, se marchaba á toda prisa.

Trataba de desvanecer esa humillación, durante el tranquilo día de aquel hermoso domingo, y de buena gana, se hubiera introducido algodón en los oídos, para no oír las conversaciones que se cambiaban en la carretera.

Aun no había transcurrido una semana, cuando *Elmira*, desconcertada, conteniendo, á duras penas, sus lágrimas, anunció un comprador.

Era un hombre bastante bien educado, completamente insignificante, ni tonto ni inteligente. *La Brève* no sabía qué decirle, y su poca experiencia como vendedor de fincas, le ocasionaba exagerados latidos de corazón; sin embargo se esforzó en aparentar gran tranquilidad. *Evelina*, algo agitada, miraba al jardín, por detrás de los cristales.

—Quiere Vd. empezar por las tierras, ó por la casa—preguntó *La Brève* al visitante.

—La casa creo que no merece un detenido examen—repuso éste,—es una de esas antiguas construcciones, en que todo está de través... Sin embargo, tal vez pudiera conservarse alguna parte. Pero eso saldría más caro que reedificarla por completo. Aquí hay cuatro metros de altura... ¿el maderamen es moderno? ¿No, antiguo? ¡Ah!... ¿Los muebles entran también?

—¿Cómo, si entran?—preguntó La Brève sin comprender nada.

—¿Si los vende Vd. también con la casa?

—No, señor—replicó secamente el propietario.—Los muebles me los quedo.

El comprador pareció extrañarse, pero no hizo objeción alguna.

—Veamos las tierras—dijo.

Así que hubieron salido los dos señores, Evelina, no sabiendo lo que hacer, subió á su cuarto y se asomó al balcón; la belleza del paisaje le chocó, como si lo viera por primera vez. El césped florido, el ramaje de un gris plateado, el río azul, las nubecillas que flotaban en él se le aparecieron, en la alegría de aquel hermoso día de primavera, con un encanto que no había conocido nunca; ¿les prestaría acaso ese atractivo, la alegría de abandonar pronto la casa en que había pasado tan triste invierno?

—Nos trasladaremos á una gran población—pensaba Eva,—á Angers ó á Nantes... ¿Y por qué no á París? Pero en París la vida es cara, y nosotros no seremos nunca ricos, nunca...

Se le presentó el recuerdo de Nollard, más odioso

que nunca; ¿por qué era rico, ese Nollard, que no sabía emplear su dinero, ni siquiera para complacerse á sí mismo?

Volvió la cabeza, impaciente, como si aquel recuerdo hubiera sido una aparición verdadera; luego permaneció indecisa. ¿Qué debía hacer? ¿quedarse allí, esperando, ó bajar al jardín? Desilusionada, enojada, sin saber por qué, tenía casi ganas de llorar, en su inexplicable exasperación.

De pronto salió; en el pasillo encontró á Elmira, que venía del cuarto de La Brève; la sirvienta se retiró, sin decir nada, para abrirla paso, y Evelina comprendió el reproche que encerraba aquel silencio.

Ella era quien había querido vender la Roseraie; la que había pasado en la casa toda una existencia de trabajo y afecto, que la quería como á una parte de su vida, sufría la humillación de la antigua casa, al mismo tiempo que el dolor de abandonarla.

El orgullo de la joven se sublevó. ¿Qué más da una casa que otra? ¿En qué había obrado mal? Bajó la escalera y salió sin volver la cabeza.

En la cresta de una eminencia, en las viñas más lejanas, se destacaban las siluetas de La Brève y del comprador; caminaban lentamente, éste con la cabeza levantada, mirando y preguntando; el otro, algo encorvado, con una especie de laxitud, más bien moral que física, contestaba con cortesía, pero visiblemente cansado.

Evelina no podía oírlos, y sin embargo, adivinaba sus palabras; la discreta elegancia de su padre daba un triste aspecto á sus andares, casi automáticos.

Llegado al final de sus tierras, alzó un brazo, describiendo un semicírculo; ese doloroso ademán, que efectuó inconscientemente, parecía recoger contra su pecho toda la Roseraie, para abrazarla... Evelina se sintió dominada por una tristeza que penetró hasta el fondo de su alma.

¿Qué tenían aquella tierra, aquellas piedras, las cepas, los árboles, que se hallaban tan ligados al corazón de su amo? Y sin querer seguir contemplándolo, huyó hasta los matorrales.

En su camino, tropezó con Lord, que la buscaba; al verla llegar, dió brincos á su lazo, y cuando ella se sentó, el perro se acostó á sus pies.

—¡Querido Lord!—exclamó Evelina, acariciando la cabeza que alargaba el can.

Una nueva sensación de abandono se deslizó por su alma. Llegaría un día en que su padre no existiría. ¡Elmira habría muerto, ó sería tan vieja que no podría servir ya. Lord moriría también de vejez; Evelina los sobreviviría, y se encontraría sola!

Sola, en una ciudad, en una casa donde no conocería á nadie, adonde los que en otro tiempo fueron sus amigos, no acudirían á verla, porque también habrían fallecido ó desaparecido... Entonces se vería en la soledad y el abandono.

De pronto se acordó del dormitorio del colegio, de la camita, dura y estrecha, en que había dormido varios años. Después de las dificultades de su larga vida escolar, tras las riñas, los castigos, las peleas y las enemistades entre sus compañeras, se refugiaba allí, en su lecho, para llorar, allí leía las cartas de su pa-

dre y de su madrina, y aquel rincón del dormitorio era, para ella, el lugar preferido de todo el colegio ..

¿Luego, se puede tener apego á las paredes, porque entre ellas ha sido uno feliz ó desgraciado? Y entonces comprendió por qué La Brève amaba á la Roseraie.

Un murmullo de voces y pasos la asustó: por su vestido habían corrido lágrimas y no quería ser sorprendida en tal situación; se deslizó, con Lord, siempre dispuesto á correr, á través del sembrado de patatas, objeto de sus desdenes, y llegó hasta la pradera, en donde los elevados árboles proyectaban su corta sombra. Sus lágrimas se secaron, sólo le quedaba el asombro de haber llorado; y se trasladó lentamente á la casa.

Cerca del prado, vió á su padre; éste venía de la valla, con la cabeza baja, y aire pensativo, después de haber acompañado al visitante. Evelina sintió que se salía el corazón del pecho... ¿Estaría ya vendida la Roseraie? No se atrevió á preguntarlo.

La Brève caminaba despacio; cuando llegó á la escalinata, alzó la vista, divisó á su hija, y le dirigió una débil sonrisa.

—¿Qué tal, papá? —murmuró, titubeando, con cierto temor que la sorprendió á ella misma.

—Se ha marchado, hija mía—contestó el padre, con un gran suspiro, que tal vez sería, para él, un alivio. Evelina no se atrevía á aventurar su pregunta: el padre continuó, mirando al jardín:—Ha tenido la desfachatez de ofrecerme cuarenta mil francos... ¿No

querrás que demos esto, por un pedazo, menos aún, por una miga de pan?

—¡Oh no!—exclamó la joven con energía.

Al pensar que por aquella vez, no se vendía, sintió una especie de alivio y se percató de que á pesar de sus ganas de verse libre de aquel suelo, en que tenía permanecer encadenada, tenía una especie de horror á lo desconocido.

Cogió del brazo á su padre y lo condujo por la parte de los rosales, que extendían sus ramas cargadas ya de capullos próximos á abrirse.

—¡Mire Vd., papá—dijo, esperando distraerle—qué cantidad de rosas vamos á tener!

La idea no era muy feliz, puesto que la Brève, desprendiéndose del brazo de su hija, entró precipitadamente en la casa. Evelina se quedó confusa, algo disgustada, y hasta ofendida; luego, no sabiendo por qué decidirse, dió dos vueltas por el prado.

Cuando se disponía á penetrar en su cuarto, apareció su padre, con los ojos hinchados, las mejillas teñidas de rosa y la voz incierta... y la joven permaneció muda, con el corazón angustiado, descontenta de todo y de sí misma, pues por más que tratase de ocultarlo, su padre había llorado.

XVI

Una hermosa mañana de Mayo, Max Buxy regresó de su acostumbrado paseo al Luxemburgo, con particular alegría en los ojos y en el corazón.

Aquel día se habían abierto los rosales, con un esplendor inusitado, y aquel amante de la naturaleza, consolándose como podía, por habitar en la ciudad, se había embriagado con los perfumes y colores delicados, alrededor de los invernaderos.

Al pasar por la casilla de su portero, recibió un montón de periódicos y cartas, que hojeó mientras subía por la escalera.

—¡El tío Nollard!—se dijo al reconocer la gran letra de su pariente, en un sobre de papel tela, con unas iniciales enormes en oro y plata.

Se sentó al lado de la ventana de su despacho, y, mientras saboreaba el chocolate que su criada acababa de instalar ante él, abrió el sobre mencionado y leyó.

«Querido sobrino: Después de haberme aburrido este invierno á orillas del Mediterráneo, tuve un instante, idea de volver á los Housseaux; pero, luego, me dije que una temporadita allí, en estas circunstancias, sería más fastidiosa que todas las cosas; prefiero marcharme á Suiza, en donde el aire es muy sano, y donde encontraré, acaso, gentes agradables. Si lo deseas, no tienes más que venir á reunirme conmigo; estaré en Génova, hotel Metrópolis, durante toda la semana.

He oído decir que la Roseraie se halla en venta; me figuro que su propietario se habrá arruinado y que se verá contento deshaciéndose de ella por poca cosa. Como no quiero tener nuevos vecinos tan cerca de mí, estoy deseando comprarla; pero me temo que se valga de mi posición, para pedirme más caro que á otro cualquiera. Puedes hacerme el favor de ir á los Housseaux, á visitarlos de mi parte, y al mismo tiempo te enteras de todo. Si ves que la cosa se presenta bien, me lo comunicas, y yo encargaré á mi notario, que ultime el negocio. Te agradeceré que no me hagas esperar mucho tiempo la respuesta; aprovecha este viaje, para mandar realizar las reparaciones que necesite mi propiedad, y para procurar que todo quede en buen estado.

Tu pariente y afectuoso amigo,

«HIPÓLITO NOLLARD»

—¡Qué amable es!—pensó Buxy, dejando la carta; comió muy á gusto, la tostada con mantequilla, que acompañaba al chocolate, y continuó su monólogo:— En esa carta, se ve por completo el carácter de mi tío: «Moléstate para darme gusto y date prisa. ¡Y sobre todo, trata de comprar de balde, la propiedad del vecino!» ¡Es un tesoro, ese tío!

¿Y si yo le contestase que estoy muy atareado?

Despachó la última cucharada del perfumado brebaje, miró á los árboles del Luxemburgo que formaban una cortina de fresca verdura frente á él, y reconoció que nada le sería tan agradable como un viaje de algunos días. Había trabajado bastante todo el in-

vierno, y podía permitirse el lujo, de un poco de descanso y de aire puro.

—Si tomase billete de ida y vuelta, dispondría de seis días, á condición de salir el domingo... El domingo es mañana... ¡Señora Charles, meta Vd. en mi maleta, tres camisas y algo más de ropa blanca! Volveré el sábado por la mañana; ¿para entonces, tendrá usted el piso bien oreado, verdad?

Después de tomar de ese modo sus disposiciones más perentorias, continuó trabajando á fin de emplear bien el último día.

A la mañana siguiente, un poco más tarde de las cinco, se hallaba junto á la verja de los Housseaux, con la maleta en la mano: fué saludado por varios y repetidos ladridos, y vió correr por el camino á su antiguo amigo Lord que le dió la bienvenida del modo más afectuoso.

—¡Ah! ¿estás aquí?—exclamó Max, acariciando al animal—¿no estás enfadado conmigo, por haber renunciado á poseerte? ¡Si vieses la vida que llevan los perros allí, en el asfalto! ¡No serías tú, el que se pasease con bozal! Y sin embargo, desfigurándote un poco, se podría hacerte pasar por un ternero; pues tienes el tamaño, si no la cabeza. Pero en París, tampoco tienen los terneros derecho de hospedaje, á no ser en las carnicerías... ¡Quieres dejar mi chaqueta!... ¡Oh! dispense Vd., señorita.

Evelina acababa de presentarse en el vallado de la Roseraie, mientras Max, que había depositado su maleta en el suelo, daba vueltas en medio de la carretera, tratando de desembarazarse de las caricias de su

antiguo amigo, demasiado reconocido. Por fin, aunque no sin esfuerzos, consiguió el joven calmar á Lord; que se sentó á su lado, mirándole con gran ternura; entonces, pudo quitarse el sombrero y saludar cortésmente á la joven que se sonría, y le decía:

—Le está á Vd. muy agradecido. por haberle permitido vivir á su antojo, ya ve, que le quiere siempre...

—Es decir, que ha empezado á quererme; antes, éramos casi indiferentes, uno para otro... La ausencia habrá producido el cambio.

Evelina se sonrojó ligeramente, porque aquellas palabras, traducían exactamente lo que ella sentía: de la antipatía que antes sentía por Buxy, ya no quedaba nada. y la joven lo acababa de notar en aquel momento.

—¿Cómo está el señor de La Brève?—preguntó el joven volviendo á coger su maleta.

—Muy bien, gracias... ¿Viene Vd. á pasar una temporadita?

Los ojos de Max se detuvieron, por cima de la cabeza de Evelina, en el letrero que no había visto aún, luego descendieron hasta las frescas y apetitosas mejillas de la joven, sombreadas por un sombrero de paja.

—He venido para ver como sigue eso —señalaba á los Housseaux—para dar cuenta al propietario, que no volverá en todo el verano.

—¡Ah!—exclamó Evelina, cuyos colores se acentuaban.

—Creo que Lord se alegrará—continuó Max—ahora es amo del país.

Evelina parecía pensar que á ella tampoco le desagradaba la noticia, y puso su mano sobre la cabeza del animal, como para aprobarlo.

Permanecieron inmóviles, como si tuvieran muchas cosas que decirse y no supiesen por dónde empezar; pero en realidad no tenían nada de que hablar. Max rompió aquella especie de arrobamiento, que no dejaba de tener su encanto.

—¿Me permitirá el señor de La Brève, presentarme en su casa?—preguntó.

—Naturalmente... caballero—repuso Evelina.

Se separaron, y Lord, que vió que le daban con la puerta en los hocicos, se obstinaba en permanecer sentado en la carretera, con aire melancólico: indudablemente, el destino de aquel perro era preferir siempre al de sus amigos con quien no debía vivir.

XVII

Los Housseaux se encontraban en ese estado propio de todas las propiedades confiadas á un personal numeroso, en ausencia del amo; todo parecía hallarse en buen orden, y sin embargo, nada podía servir. No se veía ni polvo ni telarañas, pero, á falta de suficiente ventilación, la humedad carcomía los colores, los ratones roían las vigas de aquella casa nueva, y el trabajo de las grietas, que empezó en cuanto se retiraron los obreros de la construcción, minaba á pasos agigantados las paredes, los techos, y, sobre todo en las tuberías, mal enchufadas y poco revisadas. La cañería de agua no funcionaba, y una de las aspas del molino, colgaba, destruída por el viento.

—¡Qué contento se va á poner el tío Nollard!— pensó Max.—Lo menos hay que llevar á cabo reparaciones por valor de dos ó tres mil francos. ¡Peor para él! Yo mandaré que las realicen, de lo contrario, á su vuelta, le costaría el doble! ¡Este es el inconveniente de las construcciones modernas! ¡Apostaría á que en la Roseraie no se ha gastado, en todo un siglo, lo que se gastará en este horrible adefesio en dos ó tres años! ¡Pero á su propietario le gusta! ¡A esto llama él, comodidades modernas!

Max envió recado á varios proveedores, escribió á otros y, cumplido este deber, se trasladó á casa de sus vecinos, en donde fué recibido muy cordialmente

por el Sr. de La Brève. Evelina se contentó con dirigirla una linda sonrisa de joven de mundo bien educada, en la cual no encontró Buxy, la exquisita gracia que halló durante su entrevista en la carretera.

Dos cartas yacían sobre la mesa, al lado de sus sobres: una, era una participación de matrimonio, según se veía por la doble hoja, impresa, de papel; la otra notificaba un nacimiento, á juzgar por el color de rosa del papel y del sobre.

Los ojos de Evelina, silenciosa, se dirigían tan á menudo á aquellos objetos, que La Brève creyó deber dar una explicación.

—Hemos recibido dos noticias al mismo tiempo,— dijo—lo cual es raro en esta casa: la madrina de mi hija ha dado al mundo un niño, y nuestro vecino (vecino un poco lejano) Huberto de Trémégny, se ha casado la semana pasada... No siempre nos trae el cartero, tantos temas para nuestra charla...

Max dejó ver un gesto fino, como hombre á quien todo eso era indiferente; luego, súbitamente, acordándose de una frase de Nollard en la que nunca se había fijado preguntó:

—¿La madrina de la señorita de La Brève? ¿la que le servía, hasta cierto punto, de madre?

La Brève inclinó la cabeza en señal de afirmación.

—Yo creí—continuó Buxy—que era una persona... en fin, que ya no era joven.

—Precisamente. Y á pesar de los deseos de la buena señora, que ansiaba tener un niño, la propiedad de Vigeran, pasará á manos femeninas, pues la descendiente de la madrina de Eva, es niña.

Max comprendió entonces la distraída actitud de Evelina: sabía lo suficiente para comprender que el nacimiento de aquella chiquilla terminaba la ruina de la única esperanza que podían tener en la Roseraie, y en vez de participar, aunque sólo fuera por cortesía, del disgusto de Evelina, se volvió, de repente, muy alegre. Su buen humor comunicativo, alcanzó pronto á su huésped; pero Evelina se retiró, llevándose la carta rosa y entonces declinó la jovialidad de Buxy.

Después de titubear un instante, tomó una determinación violenta.

—No tengo el honor de conocer á Vd. como yo desearía, caballero—dijo,—y temo parecer indiscreto: le suplico que no me juzgue por las extrañas preguntas que voy á dirigirle. He oído que quiere Vd. separarse de la Roseraie.

Un resplandor de inquieto turbó los ojos de La Brève, y el vivo carmín de la emoción coloreó sus mejillas; se limitó á contestar con una seña.

—Yo no podría—prosiguió el joven—usar con usted de astucia, ni engañarle... Creo, que, por encima de todo, le sería á Vd. desagradable ver pasar esta propiedad á malas manos, ¿no es eso?

En las mejillas del anciano se acentuó el color de la púrpura; pero él entreabrió los labios y no dijo una palabra.

—En una palabra, ¿le disgustaría á Vd. saber que su propiedad ha sido comprada, con la sola intención de destruirla?

—¿La vieja casa? Indudablemente—repuso el propietario de la Roseraie, con un resplandor de indigna-

ción en su mirada.—Sin embargo,—continuó tristemente—el que vende, no tiene derecho á imponer condiciones...

—Pero se puede escoger el comprador.

La Brève no parecía muy convencido de aquella verdad; esperó que Max se sirviera demostrársela.

—O, cuando menos, puede uno dejar de escoger al que no tiene más intención que esa,—prosiguió Max.—¡Pues bien! señor, yo sé que Nollard compraría de buena gana la Roseraie; también sé, que su primer acto y su mayor placer serían el derribarla; ¡no se la venda Vd.!

Por el rostro del padre de Evelina cruzó una expresión complicada, indefinible; había en ella cólera, agradecimiento, embarazo y, finalmente, la imposibilidad de obrar á su capricho.... Max se dió cuenta, en seguida, de este último sentimiento y añadió:

—Y digo: No se la venda Vd., porque él no consentirá en pagarla lo que vale. Nollard tira á veces el dinero por la ventana, para recrearse; pero le gusta comprar gangas, como él mismo dice.

—¡En cuanto á eso, yo no lo admitiría!—replicó el anciano.—No estoy arruinado, caballero—añadió con cierta vanidad;—no tengo deudas, no me veo forzado á venderla... ¡En semejantes condiciones no la venderé!

—¡Y hará Vd. admirablemente!—exclamó Max levantándose rápidamente.

Al ver la sorpresa de su huésped, se volvió á sentar muy de prisa.

—Al empezar á hablar, le supliqué que me dispen-

sase, de antemano;—siguió diciendo Buxy—repito á usted mis excusas, por introducirme en sus asuntos...

—Perdone Vd. —observó el padre de Evelina, pasándose la mano por la frente —pero, como se explica que sea Vd. el que...

—¿El que vendá á Nollard, quiere Vd. decir? No le extrañe. Ya creo haberle dicho que es un pariente muy lejano; pero la absoluta independenciamiento en que vivo, respecto de él, me concede derecho para juzgar sus actos. Me ha encargado que cuide su propiedad, lo hago muy á gusto, del modo mejor para sus intereses, y gratuitamente, se lo aseguro á Vd.; pero me ha encargado también que le participe si puede comprar la *Roseraie*, muy barata; y le contestaré que no, que se ha puesto en venta, á un precio muy elevado. Es muy sencillo.

Evelina penetró en aquel momento; miró á los dos hombres que, bajo aparente corrección de actitud, ocultaban una secreta emoción. Al principio creyó que se habrían enfadado; pero un detenido examen de las facciones de un padre, la convenció de todo lo contrario.

Habían suspendido su conversación, como si la presencia de la joven les impidiese continuar hablando; Max se levantó para despedirse.

—Señor Buxy—dijo, titubeando, La Brève—ya que se encuentra Vd. solo en los *Housseaux*, ¿tendrfa usted la bondad de compartir nuestra cena patriarcal?

—¡No puede ser! ¡Cómo aceptar los presentes de Artajerjes! ¡Serfa desterrado de este país! Y por consiguiente, privado del gusto de volver á ver á Vds.—

respondió Max, inclinándose ante Evelina.—Pero, si no tiene Vd. inconveniente, tendré el honor de volver mañana; hablaremos detenidamente de las negociaciones. Adiós, señorita.

Salió, sin que su huésped pensase en acompañarle, siguiendo su acostumbrado acto de cortesía.

—¿Qué quiere decir, papá? —interrogó Evelina— ¿De qué negociaciones habla?

—Ese joven tiene un corazón de oro—repuso La Brève, saliendo de su preocupación,—me ha prevenido de que Nollard quería comprar la *Roseraie*, lo más barato posible.

—¿Nollard?—exclamó Evelina, con los ojos enfurecidos.—¡Nunca en la vida! ¡Preferirfa quedarme soltera!

Esa expansión imprevista causó gran júbilo al padre.

—¿Cómo? Luego, ¿quieres algo á esta *Roseraie*, que pretendemos vender?

—¡No sé si la quiero; pero sé que detesto á ese hombre antipático! ¡Y no quiero, no! ¡no quiero que él llegue á poseer nuestra casa, que pueda vivir aquí, que sea el amo!... ¡Lord!

El perro se coló por la ventana, poco elevada; ese camino le parecía más cómodo que el de la puerta.

—¡Lord, si viene aquí tu antiguo amo, le muerdes, te lo comes! ¿Verdad que lo despedazaremos?

El danés inclinó las orejas hacia la puerta, dió un paso hacia adelante, ladró, enseñó los dientes y, por fin, saltó de nuevo por la ventana aullando, hasta que Evelina le hizo entrar y lo cogió por el collar obligándole á acostarse á sus pies.

—Poco á poco, mi buen Lord; espera que haya venido; no te equivoques; hay que ser amable con el Sr. Buxy, ya que él nos protege... También él es un buen perro, ¿verdad Lord?

—Tiene tanto más mérito, cuanto que si llega á saber Nollard, lo que acaba de decirnos su sobrino, lo aborrecería toda su vida.

—¡Y hasta es capaz de desheredarle!—exclamó Evelina, jugueteando con el anuncio de la boda de Huberto.—Elmira me ha dicho que es heredero universal de ese viejo imbécil.

—En ese caso,—repuso él padre—esa es la verdadera generosidad... Apenas nos conoce...

De repente se le ocurrió una cosa en que no había pensado hasta entonces; miró á su hija, la cual, algo pálida y con los labios apretados, golpeaba el papel que tenía entre manos.

—¡Qué quiere Vd., padre!—replicó Eva—hacen falta gentes honradas, para consolarlos de los daños de los que no lo son.

Clavó en La Brève su segura mirada, en la que se vislumbraba una sombra de desprecio hacia Huberto; pero el padre no pudo leer en ella nada más.

XVIII

Max volvió al día siguiente, conforme había anunciado, y, esta vez, nada turbó su conversación. Al otro día, cuando empujaba la valla para verificar su visita, fué alcanzado por una horda de gentes desconocidas en el país.

En primer lugar se veía á un hombre vestido con ropas compradas en un almacén de cuarto orden; pero que, indudablemente, habría pagado muy caras; una enorme cadena de reloj, relucía en su chaleco, y sus manos, acostumbradas á la libertad, se hallaban apriionadas en unos guantes de color muy chillón.

Tras él venía una mujer con un traje de seda, color castaño, uno de esos sombreros extravagantes que acuden, sin saberse cómo, á posarse en cabezas construídas especialmente para ellos; aquella mujer monumental blandía una sombrilla con la cual no sabía lo que hacer.

Detrás de ella venía una niña delgada, y un muchacho mofletudo, más dos compañeros de campo, sin guantes, pero, á pesar de ello, muy embarazados con sus manos; y una señorita coronada con una capota, tan echada hacia atrás, que á cada paso, la sostenía con un movimiento de hombros; esta última era con seguridad la criada, que la habrían llevado de campo. Toda esa gente se colocó ante el letrero de la Roseraie.

—¿Es aquí donde se vende eso?—preguntó la estafalaria señora á Buxy, que se había detenido para admirarlos.—¿Es Vd. el propietario? Porque, le diré á usted, hemos ganado el premio gordo en la última lotería, y quisiéramos estar en casa propia... y, como nos han dicho que aquí se vendía una casa bonita, hemos venido para verla. Nosotros somos de Chemillé, es decir no precisamente de Chemillé, pero de muy cerca, de Saint-Georges du Puy de la Garde, ¿lo conoce Vd.?

Max explicó, en pocas palabras, que él no era el propietario, que no conocía la localidad en cuestión, y que la Roseraie se hallaba en venta.

—¿Esta es?—preguntó la señora señalando con su sombrilla en la dirección indicada; me hubiera gustado más la del otro lado;—señalaba á los Housseaux, á riesgo de saltar un ojo al joven—¡Siquiera esa casa es bonita! ¿Es dorada, ves, hombre?

—Sí; pero puesto que este señor dice que es esta otra...—repuso el interpelado.

Max los contemplaba con respeto.

—¿Y dice Vd., señora, que ha ganado el premio gordo á la lotería?

—¡Sí, señor, cien mil francos! Y no teníamos más que un billete. ¡Ya ve Vd. qué suerte!

—¡Ya lo creo! ¡Pues bien señora, me alegraré que les guste la Roseraie!

Los saludó y regresó á los Housseaux, algo melancólico.

—Yo debiera estar contento,—se decía, paseándose por los matorrales cuyas jóvenes ramas comenzaban

á ocultar las heridas hechas en honor de la difunta bola,—he visto una cosa muy rara: ¡gentes que han ganado un premio de cien mil francos! ¿Pero, existen personas que ganan á la lotería? Podrían emplear peor el dinero, que comprando la Roseraie... ¡Pobre Roseraie! ¡Y pensar que si fuese yo quien hubiera ganado en la lotería, la compraría también... nada más que para instalar en ella al Sr. de La Brève, como inquilino perpetuo!... Ese buen sujeto ama su casa... me parece que si sale de ella, hará lo que esos burócratas retirados, se morirá de fastidio, tal vez de pena... ¿Por qué venderá su casa?... ¡Ah! ¡ya caigo!... para dotar á Evelina... ¡Remilgada!... ¿Remilgada? ¡No! Pero quiere casarse... Todas quieren casarse... ¡Pobre niña! Es muy bonita, y ya no tiene aquel airecillo impertinente... En el fondo, creo que es buena, y que ama á su padre; pero habría que cerciorarse...

Se detuvo, de repente, y se sentó en un banco.

—¿Cerciorarse? ¿Para qué? ¿Dónde vas á parar, amigo Max? ¿Qué puede á ti importarte? ¿Es que acaso...

Penetró hasta el fondo de su alma, y salió de ella tranquilizado.

—¡No, ni por asomo! ¡Menos mal! He tenido casi miedo.

Un gran ruido de voces en la carretera, llamó su atención; aprovechando una brecha en los macizos, miró, y vió la empingorotada horda que volvía con grandes gestos y cacarreos, como un corral en revolución.

—¡Vamos á ver si han comprado!—se dijo, y se marchó. En el prado, encontró á sus vecinos.

La Brève se hallaba muy turbado, como un pájaro cuyas plumas erizadas no han tenido aún tiempo para colocarse en su sitio. Evelina, sacudida de vez en cuando, por sus últimas carcajadas, salió al encuentro de Buxy, con encantadora amabilidad.

—¿Los ha visto Vd.?—preguntó—¡estoy segura que los ha visto!

—Sí, señorita.

—¡Pero no los habrá Vd. oído!

—¡También, señorita! ¡Les he oído! Les ha tocado un premio de cien mil francos; he sido el primero que ha recibido la confidencia.

—¡No, señor, el primero no! ¡Ya se lo habían dicho á José, que lo han encontrado en la estación, y José asegura que se lo habían comunicado también al jefe de estación, al darle los billetes! ¡No se vanaglorfe usted! ¡Y además, han dicho otras muchas cosas!

La joven reía, sus ojos reían y todo su ser vibraba con una alegría comunicativa.

—¡Han dicho,—prosiguió Evelina—que para ver una casucha vieja, como ésta, no merecía la pena de tomar el tren, que les había costado ocho francos y ochenta céntimos y que su casa era mejor que esto! ¡Cuando menos, tenían un armario de luna! ¡Y que si querían venderles la casa de enfrente, que era muy bonita, verían! ¡Pero ésta, no merecía que se hablase! ¡Lo que quieren es una casa que parezca un castillo! ¡Y papá, que ha estado á punto de enfadarse! ¡Oh! papá, ¡yo que le creía un gran filósofo! ¡Y sin embargo, es verdad que en la Roseraie no hay ningún armario de luna!

La Brève había tomado el partido de reirse también; encontraba adorable á Evelina, en aquella explosión de inocente malicia; y Max era absolutamente de la misma opinión. Durante un cuarto de hora, hicieron toda clase de comentarios sobre aquel acontecimiento, luego permanecieron en silencio con el cansancio de los que se han reído demasiado, y miraron al paisaje, sin decir nada.

—Tengo que marcharme—dijo Max, de pronto, como si saliera de un sueño.—¿Mañana es viernes, no es eso?

—Jueves, nada más—contestó el anciano.

—¡Ah! menos mal... Debo estar en París el viernes por la noche. Por otra parte, ya he terminado todo cuanto tenía que hacer en los Housseaux: los obreros no tienen más que cumplir las órdenes que han recibido.

—Pero lo harán mal, si no se halla Vd. presente—observó La Brève.

—He escrito al notario, para que se cuide de todo: él es quien debe pagar, luego él debe ser el que compruebe los trabajos.

Se levantó, acarició al perro, que se aproximaba á él, y saludó á Evelina.

—Adiós, señorita—dijo.

—¿Volverá Vd. mañana, y el viernes, verdad?—interrogó La Brève.

—Creo que no... mañana iré á Nantes...

—¿No ha realizado Vd. nunca ese viaje, por el río? Merece emprenderlo, créalo Vd. Yo también tengo algo que hacer en Nantes: ¿quiere Vd. que tomemos

el barco juntos? Pasa por aquí á las ocho de la mañana; ¡verá Vd., es delicioso!

—¡Oh! ¡papá, lléveme Vd.!—exclamó Evelina.

Se quedó muy confusa; pero se tranquilizó al ver que Max no la miraba. Su padre, contento con tenerla siempre á su lado, no se opuso, y la cosa se consideró decidida.

A la mañana siguiente, al levantarse, La Brève recibió una tarjeta fechada la víspera por la noche, en la cual le anunciaba Buxy que no podía acompañarle; se veía obligado, según decía, á regresar á París, inmediatamente, y sentía muchísimo tener que renunciar el placer de la excursión proyectada.

Max, había consultado consigo mismo; pero muy seriamente esta vez. Y, en efecto, el tren de la mañana le condujo á París, en donde se sumergió, en seguida, en las delicias de un encarnizado trabajo.

—Nuestro vecino ha sido llamado, de repente, á su casa—dijo La Brève á su hija, cuando ésta apareció, cubierta con un delicioso sombrerito, muy bien enguantada y linda como un ángel.

—¡Oh!—exclamó Evelina.—¡Bueno! ¡papá, iremos sin él!

Una ligera bruma invadió la pradera, produciendo una pequeña agitación en el río; un penacho de humo, anunciaba la próxima llegada del barco...

—¿Papá, está lloviendo; tiene Vd. gran interés en ir hoy á Nantes?

—Ninguno, hija mía...

—Entonces, me voy á quitar el traje bueno...

Subió lentamente, con paso descorazonado, y al

ver á Elmira, que arreglaba el cuarto, le dijo:
—¡Qué lluvia tan fastidiosa! ¡Nos ha aguado un bonito viaje! Déme Vd. el vestido de ayer.

Y satisfecha por encontrar un pretexto en el fino vapor que se desprendía de una nube, dorada ya por el sol, permaneció triste toda la mañana.